

prestigio del mercader al prestigio del Papa. Influyó sobre el gran Padre helénico Bessarion y Bessarion sobre el Patriarca bizantino, el cual, si en vida repugnó ceder su puesto al Patriarca romano, en la hora de su muerte, cuando ya no podía gozar de aquella vana grandeza, se adhirió á nuestro símbolo y se acostó para siempre en el seno de nuestra Iglesia. El 10 de junio vino este incidente á terminarlo todo; y sin embargo, desde el 10 al 29, en que se firmara la avenencia, todavía se oscurecieron mil veces los horizontes y mil veces se deshojaron las esperanzas. Allá, al día 26, mientras el Emperador refrescaba en compañía del Papa en una celda del célebre monasterio de Santa María Novella, seis doctores se encerraron en la biblioteca y se convinieron en la alianza. Para calmar sus escrúpulos, necesitó Bessarion decir que el Espíritu Santo no procede del Padre y del Hijo á un tiempo, sino del Padre solo, por medio del Hijo; y merced á esta sutileza escolástica reuniéronse y conciliáronse las dos enemigas Iglesias.

En Santa María dei Fiori, bajo la rotonda recién construida de Brunelleschi que levantaba los templos antiguos al cielo cristiano como las palabras sacramentales de la consagración trasustancian la harina en Dios; entre las líneas de aquel templo, medio clásico y medio gótico, á manera de la síntesis que acababa de hacerse y de la concordia que acababa de firmarse; Eugenio IV, coronado por una tiara cincelada de manos de Ghiberti, en la cual resplandecía la superioridad del mundo latino llegado á esta grandeza en las artes; teniendo junto á sí al Emperador engalanado con todas las preseas bizantinas, entre las cuales resaltaba un rubí del tamaño de un huevo de paloma, deslumbrando á todos á pesar del lujo deslumbrador que todos llevaban; Eugenio IV, decía, entonó el Te-Deum repetido por los dos cleros, griego y latino en coro; y al repicar todas las campanas de Florencia, al subir miles de voces acompañadas por el órgano á las alturas como un *hossanna* inextinguible, al aparecer junto á las dos grandes personificaciones de Roma y Constantinopla los cardenales vestidos de encendida púrpura, y los diáconos vestidos de argentadas casullas; los prebostes latinos con sus mitras blancas y sus capas pluviales abrochadas en el pecho con rica pedrería y los prebostes orientales con su veste de tisú y su sobreveste de seda y sus mitras parecidas á imperiales y asiáticas diademas; entre tantas razas y naciones parecía

que las guerras religiosas iban á concluirse para siempre y que los pueblos varios iban á juntarse en el símbolo de una misma fe y en el regazo de una sola Iglesia.

Escena verdaderamente teatral la escena de Florencia. Los particulares intereses de las dos aristocracias eclesiásticas, las ideas personalísimas del Papa romano y del Emperador griego, las escolásticas composiciones de los Médicis en sus Asambleas de Florencia, dejaron existente un cisma que no solo provenia de las contradicciones eternas en la naturaleza humana, sino tambien de la radical é inconciliable oposición entre el Oriente y el Occidente, y de la implacable y antigua enemiga de la ciudad de Roma y la ciudad de Constantinopla. Mientras el Imperio de Occidente no se restauró, y los Papas aparecieron con mas ó menos verdad súbditos de los Emperadores bizantinos, existían diferencias mas ó menos graves entre las dos Iglesias; pero no era contradicción radical é insoluble. Fúndase el Imperio neo-latino á principios del siglo noveno, en la Noche Buena del año 800; y setenta y cinco años mas tarde se formaliza y se funda ya en definitiva el cisma de Oriente que rasga el seno de la Europa cristiana y rompe en dos la unidad antigua de la Iglesia católica. Esta coincidencia entre la venida del Imperio y la consumación del cisma prueba el sinnúmero de causas y de razones políticas que determinaban tal movimiento, causas y razones agravadas por la transformación del Imperio carolingio en puro Imperio germánico. Los orgullosos griegos, ufanos de sus títulos históricos, difícilmente podían reconocer como superior en religion al Papa de Roma, obligado á reconocer como superior en política al Emperador de Alemania. Si tal hicieran, faltarían por completo á la lealtad debida por todo pueblo á su historia; y se convirtieran de señores en esclavos de sus antiguos esclavos. A esta causa universal y primera uniéronse otras muchas causas segundas ocasionales y determinantes. Pero dejad á un lado la guerra de los iconoclastas, prescindid de las luchas entre el Patriarca Focio y el Patriarca Ignacio, olvidad las ambiciones de Miguel Cerulario que da el toque último al cisma como Focio le habia dado el primero; y viendo que en una misma edad se verifica la restauración del Imperio occidental por la Iglesia católica y la separación de la Iglesia católica del Imperio oriental, atribuid á rivalidades políticas este irremediable disentiendo. Mil veces, en

sus angustias, los Emperadores de Oriente trataron de unirse á los Papas de Occidente. Alejo Comeno determinó las cruzadas, pidiendo socorro al Concilio de Plasencia, presidido por Urbano II; Alejo el Angel propuso concordia á Inocencio III; Andrónico el jóven demandó un concilio para tratar de mutuas inteligencias á Benedicto XII; la Emperatriz Ana conjuró á Clemente IV á que la auxiliara contra Juan Cantacuceno; Calo Paleólogo comulgó en Roma recibiendo la hostia católica de manos de Urbano V; y muchos de aquellos señores, que llegaron hasta vender cuatro mil jóvenes griegos á los turcos, porque no reconocian la procedencia del Espíritu Santo á la manera helénica, dieron de mano á sus supersticiones y se arrastraron á los piés de los patriarcas de Occidente siempre que la terrible cimitarra de los turcos y que la siniestra media luna de Osman centelleaban allá en los celajes de Oriente. Por consecuencia, si en ninguna de estas ocasiones pudo llegarse á la concordia, menos se llegaría en la ocasion que vamos refiriendo, sometida Roma á los condotieros, subordinado el Papa al Concilio, dividida la cristiandad entre dos Pontífices romanos y dos Asambleas ecuménicas, relampagueante la revolucion. Así es que, en cuanto llegaron los emisarios griegos y el Emperador á Constantinopla, acabó el pacto y continuó el cisma. La única consecuencia tangible del Concilio de Florencia fué terrible: impedir la reforma de la Iglesia por el Concilio de Basilea, lo cual indudablemente equivalía en puridad á traer y acelerar la revolucion religiosa.

Pocas veces se ha reunido una asamblea con fin mas seguro que el Concilio basilense y pocas veces ha vacilado mas una asamblea en sus determinaciones. Tras lo sucedido en Constanza, el mal estaba patente y el remedio indicado. Necesitábase dar una nueva organizacion á la Iglesia; necesitábase convertir la monarquía pontificia en república democrática y hacer Pontífice al representante de la unidad católica, al elegido directa ó indirectamente por la asamblea universal de los fieles y no al elegido por la triste y decaida aristocracia cardenalicia. Vaciló, temió, retrocedió; y perdióse todo en esta grave crisis de las instituciones, en este momento supremo de la historia. El Emperador Segismundo, que hubiera podido mover la Asamblea, de emplear una voluntad resuelta, tambien vaciló entre sus deseos vivísimos de reforma y sus serviles complacencias con el Papa. Así, al presentarse ante el concilio, en vez

de decidirse por este, aconsejó, amonestó, y en último resultado, no hizo cosa de provecho. Los padres de Basilea, á su vez, en lugar de acometer las reformas capitales, acometieron las reformas secundarias. Dieron primero un cánón vehementísimo contra los clérigos, que mediante un tributo anual, recibian expreso permiso de sus prelados para tener una, dos y hasta tres concubinas en su casa; promulgaron el decreto célebre contra las annatas que, concedidas para asistir á las cruzadas, debian cesar desde el punto y hora en que las cruzadas cesaron; convinieron, para cortar el nepotismo pontificio, en que los parientes en tercer grado del Papa fueran inhábiles así para recibir beneficios eclesiásticos como para gobernar provincias del patrimonio de San Pedro; destruyeron el principio de las gracias expectantes y el principio de las gracias reservadas, prácticas extrañas, por las cuales el Papa prometia dignidades aun no vacantes y toleraba que las vacantes no se proveyesen por los prelados, exigiendo para todo esto gruesas y simoníacas sumas; infligieron el título de rebelde y contumaz al Papa Eugenio IV; nombraron en su lugar Papa á un duque de Saboya; y no quisieron tocar á lo que era esencialísimo, á la organizacion de la Iglesia.

Así, el concilio duró diez y ocho años; y no tuvo ningun resultado práctico. La asamblea florentina, desgajada de su seno, quedó tambien con carácter ecuménico. El Papa, Félix V, duque de Saboya, aquel Papa con espada y mosquete, con barbas y con hijos, sacado de un retiro epicúreo y reconocido por tan escasa gente en la cristiandad, cambió su tiara por una legacion pontificia. Los decretos quedaron allá en el aire, á guisa de fórmulas inaplicables y abstractas. La reforma se frustró para siempre; y al frustrarse la reforma dentro de la Iglesia, vino fuera de la Iglesia la revolucion.